Febrero 1985

COMENTARIO Nº 1 PARA EL PROGRAMA "CARRERA OFICIAL" DE RADIO POPULAR

La saeta es algo consustancial con la propia Semana Santa. Si falta la saeta, falta la participación del pueblo en los desfiles procesionales. Porque la voz del saetero siempre quiere hacerse expresión del sentimiento unánime de la multitud, que contempla los misterios dolorosos de la Pasión de Cristo. El saetero es el portavoz de ese sentimiento.

Desfilan loz nazarenos, graves y silenciosos, mientras el gentío se apiña al borde de las aceras o asomado a ventanas, balcones y terrazas. El gentío es la representación del pueblo, que asiste expectante a la representación sacra. La pasión y la muerte del Justo se va desarrollando ante sus miradas curiosas. El paso de misterio o el de palio se van acercando a nosotros lentamente, muy lentamente. Las luces, el olor a incienso, nos anuncian la presencia del altar que portan los costaleros. La noche se hace íntima y los murmullos se van extinguiendo. De pronto, se oye un golpe seco y se detiene el altar...

Se ha detenido el altar
y de un corazón contrito
brota a los aires un grito
que se vá haciendo cantar...

Es la voz del saetero, el hombre que canta, así nace la saeta. Y el pueblo se arremolina ante la presencia de su portavoz, del hombre que está allí, solo, con su grito, doliendose con el dolor de una Dolorosa o intentando llegar con su desgarro hasta el propio costado herido del Crucificado; tal vez intentando ser la mano cirenea que ayude al Nazareno a soportar el peso del madero; o elevando la voz como paloma o golondrina que alivie de espinas la corona del Ajusticiado. Y la súplica se hace cantar...

¿Quien me presta una escalera
para subir al madero,
a desclavarle los clavos
a Jesús el Nazareno?

La saeta, como decía Lorca, deja en el aire un rastro de lirio caliente. Es algo que todos percibimos, perfectamente. Y cuando el cante es sentido, la multitud se identifica con el contenido de la vieja copla flamenca, triste y solitaria, que se nos clava en el corazón como un dardo encendido, hiriendonos muy profundamente. Esa es la saeta.

JUAN DE LA PLATA.-